

que cumplas los deseos de mi padre privándote de verme, pero en cuanto a escribirme, puedes hacerlo cuando quieras, que yo, por mi parte, te escribiré si es posible diariamente. Y le tendió la mano.

—Marcelino, tomó entre la suya la finísima mano de su amada e inclinándose con respeto ante el padre de Elvira, sin murmurar palabra alguna como despedida, desapareció cerrando tras sí la verja.

CAPITULO DECIMO TERCERO.

MIRANDO AL PORVENIR.

Dos meses habían transcurrido. Carlos, que comenzaba ya a tornarse en un hombre serio, con asombro de sus compañeros y más todavía de Don Víctor, rehuía toda clase de discusiones y disputas a las cuales había sido antes tan afecto. Convino luego en asociarse con su futuro suegro el señor Villarreal para establecer una casa de comisiones sobre la cual dicho señor, había venido pensando muy seriamente desde hacía tiempo, y para lo cual debería contar con un socio ya que por sus múltiples ocupaciones sólo podría encargarse él de llevar la contabilidad del negocio.

Una noche regresaba Carlos de visitar a Gabriela, y como quiera que el señor Villarreal se encontraba siempre presente du-

rante las antrevistas, y que ya empezaba a amar al muchacho, quien por su carácter festivo siempre se conquistaba las simpatías de todo el mundo aún la de las personas más graves y serias, tratando sobre el particular, dijo de pronto al tenedor de libros:

¡Rediez! Pero si eso es la cosa más sencilla del mundo, el socio que usted necesita lo puedo ser yo, salvo que se necesite invertir una cantidad fabulosa, entonces..... pero si.....

—No se necesita capital, sino crédito, dijo el tenedor de libros y ese ya me ha sido ofrecido. Resultando, pues, que ya se habían dado los pasos indispensables al pronto arreglo del establecimiento de la sociedad mercantil, el muchacho pensó que iba a dejar de ser empleado para transformarse en jefe, y por lo mismo no le convenía gastar el tiempo en bromas y discusiones inútiles con sus compañeros.

Manolo, que era uno de los más afectos a disputar con Carlos, observando que éste aparentaba no hacer caso de sus bromas, una vez que Carlos se hallaba sumamente atareado en le arreglo de algunos casilleros, le dijo: oye tú, mozalveté, y qué mosca te ha picado que ya no hablas con nosotros, ¿eh?

—Bajóse el chico de la escalera donde se había subido para alcanzar a las últimas gavetas, y aparentando la mayor seriedad dijo: —señor Don Manuel: ruego a usted se sirva no volver a tutearme, estoy próxi-

mo a tomar estado, y al mismo tiempo formar parte de la dirección de una casa comercial cuya apertura se verificará pronto y...

—¿Pero qué diablos estás diciendo hombre? decía Manolo riendo alegremente; más luego que oyó la confesión del muchacho y que se convenció por las pruebas que le dió, no pudo menos que felicitarlo y agregar que él ya había maliciado algo, pero que no suponía se tratara de eso.

Carlos, cariñoso con todos sus compañeros, había adoptado una repentina seriedad que resultaba cómica, y convencido de que al fin era incapaz de representar papeles serios, exclamó: ¡Recontra! no se puede negar que es cosa muy cierta eso de que «el que ha de ser barrigón, aunque lo fajen.»

—Manolo agregó.— «Natural y figura hasta la sepultura.»

*
* *

No había querido Marcelino ser el primero en escribir; esperaba recibir carta de Elvira, para poder decirla luego que a medida que pasaba el tiempo sentía que la amaba más y más, para decirla todo lo que pensaba hacer, desde la noche en que tuvieran la entrevista.

El joven no esperó mucho tiempo la carta de Elvira: fué una carta toda llena de promesas, de esperanzas y de fé en un futuro de alegría y felicidad. Decíale la joven entre otras cosas, que al día siguiente que era domingo, iría acompañada de Gabriela

a la playa, que por la noche concurría a la serenata, y que si acaso a última hora pensarán ir al teatro o al cine, procurara estar temprano en la plaza principal, y así anticiparse para encontrar un asiento no lejos de ella. Que su papá no iba a los teatros sino raras veces; que ella iría acompañada de Gabriela y del señor Villarreal, pues que este señor tampoco permitía que Carlos se presentara en público con su hija, por más que ya era sabido que pronto iban a contraer matrimonio. Que en su paseo por la playa, al ser posible, dejaría caer unas flores que llevaba para él.

Marcelino, que no tenía secretos para Carlos, de la misma manera que éste nunca los había tenido para él, le mostró esta carta, y Carlos al devolvérsela le decía: ¡Lástima que seas tú tan apocado, que en estando yo en tu lugar ya verías la fiestecita que armaba al potentado. Si como me he encontrado al señor Villarreal a quien amo y respeto como si fuera mi padre—que pronto lo será políticamente—me hubiese encontrado con otro, ya verías si no le hacía saber bien pronto cuántas son cuatro y cinco. A lo cual respondió Marcelino:

—Comienzo a temer verdaderamente que nunca en todos los días de tu vida vayas a ser un hombre serio.

—Será como tú quieras, chico, pero lo que sí es un hecho es que Elvira te ama tanto que... vamos... yo quisiera saber si mi Gabriela me amará a mí tanto así. Y mira

tú, Marcelino, que en días pasados me dijo que como le anduviera yo con mis bromitas pues nada, que se arrepentía de

Naturalmente—interrumpió Marcelino—dices unas tonterías

—Oye,—dijo Carlos a su compañero—se me había pasado darte una carta que me encargó el jefe, creo que viene de la Habana, vamos a buscarla, la puse en un casillero.

—Efectivamente, la carta era de A. Martín y Cía., y era para Marcelino. Abrió el jóven la carta y así que la hubo leído dijo a Carlos:

—Razón tenía yo al suponer que mis antiguos jefes estuvieran anuentes en cumplir la promesa que me hicieron de aceptarme de nuevo como empleado de la casa, si alguna vez pensaba volver.

—¡Calla! ¿Qué piensas marcharte?—preguntó Carlos casi asustado.

—No por ahora, hace tiempo les escribí y no sé por qué tardaría la respuesta.

Transcurrieron los dos días que faltaban para llegar el venturoso domingo que tanto anhelara Marcelino. La mañana estaba deliciosa; una ligera brisa soplaba blandamente; pero como a las once, el azul diáfano del cielo comenzó a entoldarse de negros nubarrones. Hacia la una de la tarde soplaba ya un fuerte viento y como consecuencia de ello principió a caer una menuda lluvia que duró toda la tarde y gran parte de la noche, imposibilitando a los habitantes de

la ciudad para concurrir a los paseos y diversiones dominicales. Carlos y Marcelino pasaron la tarde en el Centro Español, y cada vez que se dirigían la palabra no era más que para renegar del mal tiempo, que así había venido a frustrar sus planes.

Carlos tomó un coche con objeto de pasar por la casa de Gabriela y ver por encargo de Marcelino si acaso se encontraba allí Elvira. La sirvienta a quien preguntó si se encontraba en casa el señor Villarreal, le dijo que su amo no llegaba todavía, y que la señorita Gabriela se había ido a la casa de la niña Elvira desde temprano, porque había recibido recado de que ésta se encontraba enferma. Queriendo Carlos cerciorarse mejor de lo que la mujer decía, volvió a preguntar quién de las dos jóvenes era la que estaba enferma, y la sirvienta contestó que era la señorita Elvira, según ella había oído a Gabriela cuando ésta se lo comunicaba a su padre.

Malo está esto, se dijo para sí Carlos, buen cuidado tendré de no decírselo a Marcelino. Llegado al lugar donde lo esperaba su compañero, le dijo: Lo mejor será permanecer aquí, Gabriela se ha ido a pasar el día con Elvira y como el tiempo está tan malo, de seguro que no piensan salir. Marcelino, que en aquel momento consultaba su reloj, dijo a Carlos: son las tres, tal vez se quite la lluvia y podamos verlas en el cine.

—Ojalá, respondió Carlos—tan solo por decir algo; bien sabía que ni aun cuando el

tiempo se compusiera, por aquella vez no había esperanza de ver a las jóvenes. Tu vieron que retirarse al fin entrada la noche, renegando de su mala suerte.

Al día siguiente, como a las cinco de la tarde, recibió Carlos una carta de Gabriela en la que le decía que solamente por darle una noticia importante se veía obligada a escribirle, existiendo como existía una orden prohibitiva de su padre.

Que Elvira se había sentido mal desde el sábado; que continuó enferma el domingo, especialmente por la noche; y que a la hora de escribirle, parecía que la enfermedad comenzaba a asumir un carácter alarmante, según el médico, y que si le escribía era más bien por indicación de Elvira, pues que ella le había dicho: «no digas a Marcelino que estoy enferma, sino a Carlos». Sorprendido se quedó éste al recibir la triste noticia y valiéndose del mismo pilluelo que le había llevado la misiva, contestó que obedecería la orden y que esa noche esperaba pasar a ver al señor Villarreal, ya que por la enfermedad de Elvira se privaba de verla a ella, agregando que confiaba en que Elvira se aliviaría pronto.

Esa noche, luego que dieron las ocho, se presentó Carlos en la casa de Gabriela, y habiendo sido informado por la sirviente de que ni Gabriela ni su padre se encontraban en casa pues que se habían ido a la de Elvira, con motivo de que la niña seguía no ya poco, sino bastante grave, lo primero que le

ocurrió al joven fué dirigirse a la casa de Elvira, más pensando que no tendría acceso, y tras de cavilar un rato sobre lo que debía hacer, dijo de pronto: ¡Recontra! lo mejor que debo hacer es tomar el tranvía e irme hasta el chalet de Elvira, quizá allí mientras voy de un lado a otro pueda ver al señor Villarreal y así podré saber lo que haya ocurrido. No sé por qué empiezo a inquietarme.

Llegó Carlos al domicilio de la joven y no tuvo que esperar mucho para hablar con el señor Villarreal, quien a pocos momentos de su llegada salía con objeto de dar algunas órdenes al chauffeur.

Inmediatamente se acercó Carlos al señor Villarreal y olvidándose hasta de saludarlo, le dijo: He estado a buscar a usted y me han informado que se encontraba aquí, ¿sigue mala Elvira?

El señor Villarreal a quien no sorprendió la pregunta del muchacho, cogiéndolo por un brazo lo llevó hasta el extremo de la acera y una vez allí le hizo observar:

—Ten cuidado de que no sepa nada Gabriela. Elvira está muy grave, hace unos momentos que el facultativo dispuso que hubiera junta de médicos. Sería mejor que te fueras, Gabriela y yo tenemos mucho que hacer allá adentro. Despidióse Carlos de su futuro suegro y emprendió el camino pensando qué diría a Marcelino. Afortunadamente no sabe nada, se dijo Carlos, en caso de que me pregunte algo le diré que tanto Elvira como Gabriela están muy ocupadas

haciendo ropa para los chicos del asilo.

Se dirigía Carlos al establecimiento con objeto de buscar a Marcelino, cuando de pronto éste que acababa de salir pudo leer en el semblante de su amigo algo extraño. Lo alcanzó y tocándolo en el hombro le preguntó que pasaba.

—Nada, hombre, que vengo de un humor de los perros.

—Vamos, ¿qué pasa?

—Poca cosa,—contestó éste—los malditos días de lluvia coinciden con los días en que sale Gabriela y ya te figurarás si.....

—Oye,—interrumpió Marcelino—¿Y por qué no habrá escrito Elvira?

—¡Hombre! ahora me explico la causa de todo—dijo Carlos fingiendo admirablemente.—Se me había pasado decirte que Elvira recomendó a Gabriela te hiciera saber que no te preocuparas si no te escribía, por que están sumamente atareadas arreglando una ropa para los niños del asilo.

—¿Y cuándo te dijo eso Gabriela?—preguntó alegremente Marcelino.

—El lunes,—contestó Carlos, que se apresuró a cambiar de conversación. ¡Qué mal arreglado está esto! fíjate que desbarajuste, si más bien parece un nido de ratas!—dijo señalando un aparador frente al cual se habían detenido.

—Qué me importan a mí los aparadores!—respondió Marcelino a la vez que volvía a preguntar a Carlos:

—¿Dices que fué el lunes?

—Sí, hombre; pero fíjate que desorden hay aquí en todo esto.

—Marcelino miró, más no encontraba ningún desorden en el tal escaparate, sino antes bien, que todo estaba artísticamente arreglado.

—Pues a mí me parece que todo está en orden y volviendo al asunto continuó:

—Bueno, me decías que el lunes.....

—Oye chico, dijo Carlos—y..... si vieras que bien me trata el señor Villarreal? Yo esperaba preguntarle que día comenzaremos a buscar el local para el.....pero sigamos adelante, hombre, ya hemos visto bien todo esto, si te parece nos iremos a casa, o a dar un paseo por el muelle.

—Vamos a casa,—contestó Marcelino—quisiera escribir a la señora de Martín.

—Bien, ya te sigo,—contestó Carlos—voy a ver si encuentro al señor Villarreal, y dirigió sus pasos con rumbo opuesto al que siguiera Marcelino.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

EN LUCHA CON LA PARCA.

Serían las ocho de la mañana del siguiente día, cuando Carlos, que no había podido conciliar el sueño pensando en lo que le había dicho el señor Villarreal respecto de la salud de Elvira, de pronto vió